

## II. JOSÉ ENRIQUE RODÓ

1. EL ESCRITOR Y EL PENSADOR. José Enrique Rodó (1871-1917), escritor y pensador, es antes lo primero que lo segundo. Ciertamente es que como escritor llevó siempre a cabo, en los campos del ensayo y de la crítica, literatura de ideas y no literatura de imaginación. Pero en esa misma literatura de ideas, las ideas fueron secundarias con relación a la literatura. Es el de su obra, en esencia, un mensaje literario, estéticamente regido por "la gesta de la forma", por la preocupación estilística de "decir las cosas bien":

De lo que creéis la verdad, ¡cuán pocas veces podéis estar absolutamente seguros! Pero de la belleza y el encanto con que lo hayáis comunicado, estad seguros que siempre vivirán. Hablad con ritmo; cuidad de poner la unción de la imagen sobre la idea; respetad la gracia de la forma. ¡Oh pensadores, sabios, sacerdotes!, y creed que aquellos que os digan que la Verdad debe presentarse en apariencias adustas y severas son amigos traidores de la Verdad.<sup>1</sup>

Como pensador, aún, no fue Rodó propiamente un filósofo. El mensaje ideológico que en su obra acompaña al literario, es por encima de todo un mensaje de idealismo práctico, impregnado de esteticismo y de eticismo, de latinismo y de americanismo. No lo constituye, en primer plano una doctrina del ser, o una concepción del mundo, o una teoría del hombre, o del conocimiento o de la cultura.

Y sin embargo, hay en Rodó un pensamiento filosófico, una conciencia filosófica, una filosofía, que sirve de fondo a toda su creación y que, por lo mismo, resultará siempre fundamental para la comprensión de ésta. "Porque la lucha del estilo no ha de confundirse con la pertinacia fría del retórico, que ajusta penosamente, en el mosaico de su corrección convencional, palabras que no ha humedecido el tibio aliento del alma... La lucha del estilo es una epopeya que tiene por campo de acción nuestra naturaleza íntima, las más hondas profundidades de nuestro ser."<sup>2</sup> De esas profundidades ascendía la savia filosófica que vivifica a sus libros.

No se tratará en lo que sigue del Rodó escritor, hombre de letras, sino del Rodó pensador, hombre de ideas. Y de este mismo sólo accesoriamente se tendrá en cuenta al ideólogo, defensor y

<sup>1</sup> *El mirador de Próspero* (Ed. 1939, Montevideo), p. 114.

<sup>2</sup> *Ibidem*, p. 53.

propagandista en América de un ideario de política espiritual y cultural. De lo que se tratará fundamentalmente es de fijar las coordenadas filosóficas de su obra, de determinar las convicciones capitales sobre las cuales su ideario y aún su literatura se asientan. Por la excepcional gravitación histórica de Rodó, ocupan un puesto de privilegio en la evolución del pensamiento filosófico en el Uruguay en el siglo XX.

Sus ideas filosóficas se encuentran dispersas en sus distintos libros: *Ariel* (Montevideo, 1900), *Liberalismo y jacobinismo* (Montevideo, 1906), *Motivos de Proteo* (Montevideo, 1909), *El mirador de Próspero* (Montevideo, 1913). Hay que tener en cuenta además tres volúmenes póstumos: *El camino de Paros* (Valencia, 1918), que recoge principalmente las notas que Rodó publicara en ocasión de su viaje a Europa; *El que vendrá* (Barcelona, 1920), integrado casi en su totalidad con trabajos publicados antes de 1900, entre los cuales el que le sirve de título; *Los últimos motivos de Proteo* (Montevideo, 1932), formado con escritos hasta entonces inéditos.<sup>3</sup>

2. RELACIONES CON EL POSITIVISMO. Ya hemos citado la declaración formulada por Rodó en 1899, al finalizar su ensayo sobre Rubén Darío:

Yo pertenezco con toda mi alma a la gran reacción que da carácter y sentido a la evolución del pensamiento en las postrimerías de este siglo; a la reacción que, partiendo del naturalismo literario y del positivismo filosófico, los conduce, sin desvirtuarlos en lo que tienen de fecundos, a disolverse en concepciones más altas.<sup>4</sup>

Tal declaración, válida —más allá del caso personal de su autor— para todo un movimiento de renovación espiritual uruguayana que comienza en el último lustro del siglo pasado, resume: la inicial formación positivista de Rodó; su temprana reacción contra el positivismo, así como contra el naturalismo, forma de positivismo literario; el carácter de esa reacción, desprovista por completo de sentido polémico.

<sup>3</sup> La inclusión y el ordenamiento de materiales en las ediciones póstumas de Rodó, plantean distintos problemas en los que no nos corresponde entrar aquí. Por otra parte, se carece de una edición crítica de sus obras, lo que obliga a remitirse, para facilitar la consulta, a las ediciones corrientes.

<sup>4</sup> *Hombres de América*, volumen antológico póstumo (Ed. 1939, Montevideo), p. 293.

Iniciado en el ambiente de intenso positivismo spenceriano del Montevideo universitario del 90, Rodó guardó toda su vida una fidelidad fundamental a las notas más típicas de aquel espíritu filosófico: las notas de realismo, ciencismo, relativismo, naturalismo, evolucionismo, racionalismo. Casi no hay ninguna entre ellas que no sufra una corrección a través de la interpretación que de él reciben. Pero son ellas las que van a determinar el fondo de su personalidad intelectual. La corrección vendrá por la inserción de lo que iba a ser, en el primer plano, el *idealismo* de Rodó. Pero quienes lo ponen en este camino de superación de Spencer, son pensadores positivistas también, a su modo: Renan, Taine, Guyau, representantes de la final inflexión idealista del positivismo francés. Habrá, pues, transición sin ruptura, emancipación sin estridencia ni conflicto.

En 1910, en plena madurez, Rodó pormenorizó todavía su relación de descendencia a la vez que su separación del positivismo. Lo hizo en el ensayo *Rumbos nuevos*,<sup>5</sup> rindiendo justicia a todo lo que el progreso del espíritu humano, y su generación en particular, le debían.

Ante todo, tuvo el positivismo una evidente oportunidad histórica, "ya en el terreno de la pura filosofía, donde vino a abatir idealismos agotados y estériles; ya en el de la imaginación artística, a la cual libertó, después de la orgía de los románticos, de fantasmas y quimeras; ya, finalmente, en el de la práctica y la acción, a las que trajo un contacto más íntimo con la realidad".<sup>6</sup> De ahí las esenciales adquisiciones de quienes, como él, hicieron su pasaje por el positivismo:

La iniciación positivista dejó en nosotros, para lo especulativo como para lo de la práctica y la acción, su potente sentido de relatividad; la justa consideración de las realidades terrenas; la vigilancia e insistencia del espíritu crítico; la desconfianza para las afirmaciones absolutas; el respeto de las condiciones de tiempo y de lugar; la cuidadosa adaptación de los medios a los fines; el reconocimiento del valor del hecho mínimo y del esfuerzo lento y paciente en cualquier género de obra; el desdén de la intención ilusa, del arrebatado estéril, de la vana anticipación.<sup>7</sup>

<sup>5</sup> *Rumbos nuevos*, ensayo sobre el colombiano Carlos Arturo Torres, incluido luego en *El mirador de Próspero*.

<sup>6</sup> *El mirador de Próspero*, p. 40.

<sup>7</sup> *Ibidem*, p. 45.

Pudo decir también que había dejado un espíritu de verdadera devoción por el conocimiento científico. La crisis del positivismo no fue de ningún modo para Rodó, como en la fórmula consabida, una "banarrota de la ciencia".

En *Ariel*, donde se pueden citar diversos pasajes de simpatía o de defensa de la ciencia, escribió:

Desconocer la obra de la democracia, en lo esencial, porque, aun no terminada, no ha llegado a conciliar definitivamente su empresa de igualdad con una fuerte garantía social de selección, equivale a desconocer la obra, paralela y concorde, de la ciencia, porque interpretada con el criterio estrecho de una escuela, ha podido dañar alguna vez al espíritu de religiosidad o al espíritu de poesía. La democracia y la ciencia son, en efecto, los dos insustituibles soportes sobre los que nuestra civilización descansa.<sup>8</sup>

En *Motivos de Proteo*, donde también se pueden citar diversos pasajes que muestran su identificación con el espíritu de la ciencia, dedica especialmente un extenso fragmento al estudio de la vocación científica. Revela allí un seguro dominio de la distribución sistemática de las ciencias, de su metodología lógica, de sus relaciones recíprocas, de su evolución histórica, de sus grandes figuras. Revela, por otro lado, tener de la filosofía el concepto que el positivismo impuso en su época: síntesis o generalización suprema de los conocimientos científicos particulares, excluyéndose, por lo tanto, toda diferencia de esencia o de naturaleza entre ella y la ciencia. Se ve bien en la página con que el fragmento se inicia:

Comenzando por la aptitud científica más sintética y alta: la del filósofo, apenas podrá citarse ejemplo de superior capacidad metafísica que no haya venido acompañada del saber original e inventivo, o cuando menos de la versación vasta y profunda, en algún género de ciencia particular. Éste como punto de apoyo puede ser las matemáticas: así en Platón, en Descartes, en Malebranche; o las ciencias naturales y biológicas, como en Hartmann, Spencer y Bergson; cuando no se fija indistintamente, con la universalidad de Aristóteles o de Leibniz, en las más varias partes de los conocimientos humanos. A su vez, una ciencia particular, dominada con poderosa fuerza de síntesis y pensamiento trascendente, implica una aptitud de generalización filosófica, que habilita a un Lamarck para remontarse, de la labor paciente del naturalista, a una concepción

<sup>8</sup> *Ariel* (Ed. 1930, Barcelona), p. 63.

de los orígenes y las transformaciones de la vida en el mundo; y a un Vico, del conocimiento de los hechos históricos, a la idea de las normas que sigue el desenvolvimiento de las sociedades humanas.<sup>9</sup>

Pero en el citado ensayo *Rumbos nuevos* declara formalmente: "El positivismo, que es la piedra angular de nuestra formación intelectual, no es ya la cúpula que la remata y corona."<sup>10</sup> Concisa y expresiva fórmula de su relación espiritual e histórica con el positivismo. Dos grandes insuficiencias reprocha a éste: el escepticismo metafísico y el utilitarismo moral. Se manifiesta con toda claridad:

Y así como, en la esfera de la especulación, reivindicamos, contra los muros insalvables de la indagación positivista, la permanencia indómita, la sublime terquedad del anhelo que excita a la criatura humana a encararse con lo fundamental del misterio que la envuelve, así, en la esfera de la vida y en el criterio de sus actividades, tendemos a restituir a las ideas, como norma y objeto de los humanos propósitos, muchos de los fueros de la soberanía que les arrebatara el desbordado empuje de la utilidad.<sup>11</sup>

3. DEL POSITIVISMO AL IDEALISMO. La "cúpula" con que sobre la piedra angular del positivismo se coronó la formación intelectual de su generación, las "concepciones más altas" en que aquél fue llevado a disolverse, se resumieron para Rodó en la palabra *idealismo*.

En sus producciones anteriores al 900 aparece a cada instante la definición idealista. *Ariel* quiso ser por encima de todo un mensaje de idealismo. En 1910 destaca en *Rumbos nuevos* como uno de los rasgos fisonómicos del pensamiento hispanoamericano de la hora, "el sentido idealista de la vida". Y agrega: "Corresponde esta nota de nuestra vida mental al fondo común de sentimientos e ideas por que nuestro tiempo se caracteriza en el mundo. No cabe dudar de que las más interesantes, enérgicas y originales direcciones del espíritu contemporáneo, en su labor de verdad y de belleza, convergen dentro de un carácter de idealismo, que progresivamente se define y propaga."<sup>12</sup>

Queda establecido ya ahí el significado filosófico del idea-

<sup>9</sup> *Motivos de Proteo* (Ed. 1941, Montevideo), p. 275.

<sup>10</sup> *El mirador de Próspero*, p. 45.

<sup>11</sup> *Ibidem*, p. 45.

<sup>12</sup> *Ibidem*, p. 39.

lismo a que Rodó se refiere y del que hace profesión. No se trata para nada de los idealismos metafísicos o gnoseológicos, como concepción del ser o teoría de la representación del mundo exterior. Bajo cualquiera de estos ángulos permaneció fiel al espontáneo realismo del sentido común a que se atuvo el evolucionismo spenceriano. Lejos de reducir la experiencia externa a la noción de idea, como en aquellas formas de idealismo, extiende por el contrario a la experiencia interna la noción de realidad que cierto tipo de cientificismo había llegado a negarle. Escribiendo Realidad con mayúscula, reclamó para ella "una concepción amplia y armónica, la que comprende lo mismo el vasto cuadro de la vida exterior, que la infinita complejidad del mundo interno".<sup>13</sup>

El idealismo de Rodó tiene ante todo un significado axiológico. Deriva de la noción de *ideal* en su acepción no adjetiva sino sustantiva, entendido como aplicación práctica del valor. Aunque Rodó no haya llegado a conocer toda la proyección que este último vocablo habría de tener en la filosofía contemporánea, era en términos axiológicos que explicaba el "renacimiento idealista" de su época, "como resultado de una múltiple corriente de revaluación de valores intelectuales y morales".<sup>14</sup> Y era en términos axiológicos también que concebía, por encima de la *realidad*, pero insertándose constantemente en ella a través de la acción humana, la esfera de la *idealidad*, generada por la existencia plural de los ideales. No es sino de valores que se trata, cuando habla de "aquellas nociones superiores que mantienen fija la mirada en una esfera ideal: bien, verdad, justicia, belleza".<sup>15</sup>

En la base de esa concepción del idealismo, colocó Rodó un reiterado fundamento de práctica y de realidad, de vida y de experiencia, que habría de darle un característico sentido a su filosofía de los ideales y, por lo tanto, de los valores. Se traducía inicialmente en una actitud crítica, de declarada raíz positivista, en el campo del conocimiento:

"Sólo que nuestro idealismo no se parece al idealismo de nuestros abuelos, los espiritualistas y románticos de 1830, los revolucionarios y utopistas de 1848. Se interpone, entre ambos caracteres de idealidad, el positivismo de nuestros padres. Ninguna enérgica dirección del pensamiento pasa sin dilatarse de algún

<sup>13</sup> *El que vendrá* (Ed. 1941, Montevideo), p. 122.

<sup>14</sup> *El mirador de Próspero*, p. 40.

<sup>15</sup> *Hombres de América*, p. 110.

modo dentro de aquélla que la sustituye."<sup>16</sup> Era a continuación que hacía recuento de lo que a la iniciación positivista se debía. En lo especulativo era, como se vio, "el potente sentido de relatividad; la justa consideración de las realidades terrenas; la vigilancia e insistencia del espíritu crítico; la desconfianza para las afirmaciones absolutas".

De ahí este ajuste final a su concepto del idealismo: "Somos los neo-idealistas, o procuramos ser, como el nauta que yendo, desplegadas las velas, mar adentro, tiene confiado el timón a brazos firmes, y muy a mano la carta de marear, y a su gente muy disciplinada y sobre aviso contra los engaños de la onda."<sup>17</sup>

4. EL LENGUAJE Y EL PENSAMIENTO VIVO. La cautelosa actitud crítica asumida por Rodó en el campo del conocimiento, que acaba de verse, se relaciona con su manera de concebir el papel y las posibilidades de la razón. Había escapado al confinamiento experimentalista del positivismo, pero cuidándose de admitir como legítimo el ejercicio lógico de la razón abstracta, al estilo de la vieja metafísica.

Ni la "austera razón" experimental,<sup>18</sup> ni la cartesiana "razón razonante".<sup>19</sup> No por eso cae en el intuicionismo irracionalista. De la intuición dijo "que sabe el secreto del orden de la naturaleza, no siendo ella misma quizá sino el oculto poder constructivo de la naturaleza, que obra en el alma sin ingerencia de la reflexión".<sup>20</sup> Pero reduce su imperio a la invención poética y a la inspiración moral, a la concepción de lo bello y a la realización de lo heroico. El árbitro supremo en el campo del conocimiento será siempre la razón, cuya autoridad "puede exigir de ti el abandono del error que ella ha disipado y el amor por la verdad que ella te enseña".<sup>21</sup> Sólo que la razón ha de marchar constantemente junto a la vida.

Tocado por el movimiento anti-intelectualista de su época, sustenta de la razón una concepción afín a la que algunos llamaron luego teoría de la razón vital. La razón es válida actuando

<sup>16</sup> *El mirador de Próspero*, p. 45.

<sup>17</sup> *Ibidem*, p. 46.

<sup>18</sup> *El que vendrá*, p. 119.

<sup>19</sup> *Liberalismo y jacobinismo* (Ed. citada de *Ariel*), p. 205.

<sup>20</sup> *Los últimos motivos de Proteo* (Ed. 1932, Montevideo), p. 313.

<sup>21</sup> *Motivos de Proteo*, p. 322.

en solidaridad con la vida y renovando a través de ésta su contenido y sus significaciones. El lenguaje, abstraccionista e intelectual por naturaleza, se interpone entre el pensamiento vivo y el pensamiento formulado, entre la psicología y la lógica de la inteligencia. He ahí el gran obstáculo que hay que soslayar, la gran dificultad que hay que superar.

En el prólogo de la *Lógica viva* decía Vaz Ferreira:

Quizá se está efectuando actualmente (y no la sentimos porque estamos en ella) la revolución o evolución más grande en la historia intelectual humana; más trascendental que cualquier transformación científica o artística, porque se trata de algo aún más nuevo y más general que todo eso: del cambio en el *modo de pensar* de la humanidad, por independizarse ésta de las palabras. Se habría confundido mucho el lenguaje con el pensamiento: se habrían aplicado a éste, propiedades y relaciones de aquél. Varios pensadores contemporáneos —nombraré a Bergson, James— son los que tienen una parte personal más grande en este movimiento. Pero él es ambiente.<sup>22</sup>

En el mismo año 1909 en que fue dictado el curso recogido en dicho libro, apareció *Motivos de Proteo*, donde Rodó se hizo eco, a su modo, de ese movimiento ambiente. Con expresiones bergsonianas señaló la inadecuación entre la impersonalidad lógica del lenguaje y la subjetividad psicológica de la emoción, tanto como de la idea. "El lenguaje, instrumento de comunicación social, está hecho para significar géneros, especies, cualidades comunes de representaciones semejantes. . . Piedras, piedras irregulares con que intentamos cubrir espacios ideales son las palabras."<sup>23</sup>

De ahí la imposibilidad radical de encerrar en una palabra o un nombre el contenido verdadero de una idea o un pensamiento *vivos*:

No ya la inmutabilidad del dogma en que una idea cristaliza, y la tiranía de la realidad a que se adapta al trascender a la acción: el solo, leve peso de la palabra con que la nombramos y clasificamos, es un obstáculo que a menudo basta para trabar y malograr, en lo interior de las conciencias, la fecunda libertad de su vuelo. La necesidad de clasificar y poner nombre a nuestras maneras de pensar, no se satisface sin sacrificio de alguna parte de lo que hay en

<sup>22</sup> *Lógica viva* (Ed. 1920, Montevideo), p. 7.

<sup>23</sup> *Motivos de Proteo*, pp. 350-1.

ellas de más esencial y delicado. . . Para quien piensa de veras ¡cuán poco de lo que se piensa sobre las más altas cosas, cabe significar por medio de los nombres que pone a nuestra disposición el uso! No hay nombre de sistema o escuela que sea capaz de reflejar, sino superficial o pobremente, la complejidad de un pensamiento *vivo*.<sup>24</sup>

Insistiendo todavía en la *vida* de las ideas o los pensamientos, agrega:

Y además, una idea que *vive* en la conciencia, es una idea en constante desenvolvimiento, en indefinida formación: cada día que pasa es, en algún modo, cosa nueva; cada día que pasa es, o más vasta, o más neta y circunscrita; o más compleja, o más depurada; cada día que pasa necesitaría, en rigor, de nueva definición, de nuevo credo, que la hicieran patente; mientras que la palabra genérica con que has de nombrarla es siempre igual a sí misma. . . Cuando doy el nombre de una escuela, fría división de la lógica, a mi pensamiento vivo, no expreso sino la corteza intelectual de lo que es en mí fermento, verbo de mi personalidad entera; no expreso sino un residuo impersonal, del que están ausentes la originalidad y nervio de mi pensamiento y los del pensamiento ajeno que, por abstracción, identifiqué en aquella palabra con el mío.<sup>25</sup>

Con estos pasajes de *Motivos de Proteo* guarda solidaridad el siguiente fragmento recogido en uno de sus volúmenes póstumos, que resulta fundamental para la comprensión de su temperamento filosófico, rebelde al reticulado tradicional de las escuelas y los sistemas:

Es constante que, después de conocer de verdad a los grandes pensadores, leyéndolos directamente y por entero, y meditando lo leído, reconozcamos cuán insuficiente idea de su manera de pensar y del espíritu de su doctrina nos daban las clasificaciones usuales, que, para encerrar al pensamiento individual dentro de una fórmula conocida, le aplican un nombre de los que definen *grosso modo* determinado orden de ideas: *deísmo* o *panteísmo*, *espiritualismo* o *materialismo*.

Estas generalizaciones, que pueden definir satisfactoriamente las pocas y mal depuradas ideas que reflejan un espíritu cerrado y estrecho, rara vez son aplicables, sin cierta inexactitud, al pensamiento personal, original y hondo; al pensamiento de aquel que ha labo-

<sup>24</sup> *Ibidem*, pp. 316-7. El subrayado pertenece a Rodó.

<sup>25</sup> *Ibidem*, p. 317. El subrayado pertenece a Rodó.

rado una concepción propia del mundo, la cual no se comprenderá jamás por la forma descarnada y escueta en que luego la resumen los expositores y los críticos, privándola, al pretender condensarla, de su nervio de originalidad y de su más profundo y delicado sentido.

Cuando se ha trabado real y entrañable relación con la mente de un pensador de los que conciben honda y originalmente las cosas, vese la insuficiencia y la vanidad de aquellos términos de escuela, que groseramente identifican dentro de un mismo nombre genérico, espíritus separados por distancias enormes y profundas antipatías ideales, levantando, en cambio, impenetrable muro entre espíritus que tienen las afinidades más íntimas y verdaderas.<sup>26</sup>

5. FILOSOFÍA DE LA ACCIÓN Y LA VIDA. En *Motivos de Proteo* desarrolló Rodó, como asunto central, una filosofía de la personalidad, de la que son elementos integrantes las ideas que se han visto sobre el pensamiento *vivo*, en el plano del conocimiento. Filosofía de la personalidad en lo que tiene de dinámica y cambiante, por viviente, que él mismo llamó *filosofía de la acción y la vida*.

Esa su concepción proteica de la personalidad tiene por fondo una visión metafísica del ser, dominada por una aguda nota temporalista, en torno a la cual tácitamente se instituye la idea de evolución creadora. Lo que a Rodó importa es establecer las condiciones en que esa creación o recreación incesante, por obra del tiempo, se opera en la personalidad individual.

Su acción es ineluctable, aun al margen de toda voluntad:

El tiempo es el sumo innovador. Su potestad, bajo la cual cabe todo lo creado, se ejerce de manera tan segura y continua sobre las almas como sobre las cosas. Cada pensamiento de tu mente, cada movimiento de tu sensibilidad, cada determinación de tu albedrío, y aún más: cada instante de la aparente tregua de indiferencia o de sueño, con que se interrumpe el proceso de tu actividad consciente, pero no el de aquella otra que se desenvuelve en ti sin participación de tu voluntad y sin conocimiento de ti mismo, son un impulso más en el sentido de una modificación, cuyos pasos acumulados producen esas transformaciones visibles de edad a edad, de decenio a decenio: mudas de alma, que sorprenden acaso a quien no ha tenido ante los ojos el gradual desenvolvimiento de una vida, como sorprende al viajero que torna, tras larga ausencia, a la patria, ver las cabezas blancas de aquellos a quienes dejó en la mocedad.<sup>27</sup>

<sup>26</sup> *El que vendrá*, p. 250.

<sup>27</sup> *Motivos de Proteo*, p. 11.

Sentada esa premisa inicial, postula a continuación Rodó el imperativo de que semejante transformación del mundo interior, inevitable en sí misma, se cumpla conscientemente encauzada por la inteligencia y la voluntad. Se trata de un pasaje fundamental, clave de todo el libro:

Hija de la necesidad es esta transformación continua; pero servirá de marco en que se destaque la energía racional y libre desde que se verifique bajo la mirada vigilante de la inteligencia y con el concurso activo de la voluntad. Si en lo que se refiere a la lenta civilización de su proceso, ella se ampara en la obscuridad de lo inconsciente, sus direcciones resultantes no se abstraen de igual modo a la atención, ni se adelantan al vuelo previsor de la sabiduría. Y si inevitable es el poder transformador del tiempo, entra en la jurisdicción de la iniciativa propia el limitar ese poder y compartirlo, ya estimulando o retardando su impulso, ya orientándolo a determinado fin consciente, dentro del ancho espacio que queda entre sus extremos necesarios.

Quien, con ignorancia del carácter dinámico de nuestra naturaleza, se considera alguna vez definitiva y absolutamente constituido, y procede como si lo estuviera, deja, en realidad, que el tiempo lo modifique a su antojo, abdicando de la participación que cabe a la libre reacción de uno mismo, en el desenvolvimiento de su propia personalidad. El que vive racionalmente es, pues, aquel que, advertido de la actividad sin tregua del cambio, procura cada día tener clara noción de su estado interior y de las transformaciones operadas en las cosas que le rodean, y con arreglo a este conocimiento siempre en obra, rige sus pensamientos y sus actos.<sup>28</sup>

Resume: "Rítmica y lenta evolución de ordinario; reacción esforzada si es preciso; cambio consciente y orientado siempre." El secreto está, pues, en lugar de ser por gracia de las circunstancias mecánicamente renovado, transformado, rehecho, en voluntaria y lúcidamente "renovarse, transformarse, rehacerse..." Y añade: "¿no es ésta toda la filosofía de la acción y la vida; no es ésta la vida misma, si por tal hemos de significar, en lo humano, cosa diferente en esencia del sonambulismo del animal y del vegetal de la planta?"<sup>29</sup>

<sup>28</sup> *Ibidem*, p. 13.

<sup>29</sup> *Ibidem*, pp. 22-3. En el mismo año 1910 de la aparición de *Motivos de Proteo*, comentaba Pedro Henríquez Ureña en el Ateneo de la Juventud, de México: "La grande originalidad de Rodó está en haber enlazado el principio cosmológico de la *evolución creadora* con el ideal de una norma de acción para la vida. Puesto

Todo el resto de la obra se aplica, en realidad, a educar para esa tarea, a preparar para ese ejercicio. Es a ello que se dirige su doctrina de la vocación, como autodescubrimiento de tendencias y aptitudes llamadas a guiar la transformación personal. Arranca del contraste entre la pobreza de la parte superficial y actual de la conciencia y la riqueza de aquella parte inconsciente, profunda y desconocida de nuestro ser:

Imaginar que no hay en ti más que lo que ahora percibes con la trémula luz de tu conciencia, equivale a pensar que el océano acaba allí donde la redondez de la esfera lo sustrae al alcance de tus ojos. Incomparablemente más vasto es el océano que la visión de los ojos; incomparablemente más hondo nuestro ser que la intuición de la conciencia. Lo que de él está en la superficie y a la luz, es comúnmente, no ya una escasa parte, sino la parte más vulgar y más mísera.<sup>30</sup>

El descubrimiento de la vocación sólo ha de venir a través de la exploración de esa región oculta e inagotable de nuestra personalidad. Y tal conocimiento no es posible alcanzarlo al margen de la acción, es decir, de la vida, noción ésta a la cual reiteradamente regresa el pensamiento de Rodó.

Conocimiento de sí mismo,

...mas no en inmóvil contemplación, ni por prurito de alambicamiento y sutileza; no como quien desdeñoso de la realidad, dando la espalda a las cien vías que el Mundo ofrece para el conocimiento y la acción, vuelve los ojos a lo íntimo del alma, y allí se contiene y es a un tiempo el espectador y el espectáculo... yo te hablo del conocerse que es un antecedente de la acción, del conocerse en que la acción es, no sólo el objeto y la norma, sino también el órgano de tal conocimiento... modo de saber de sí que no es prurito exasperador, ni deleite moroso, sino obra viva en favor de nuestro perfeccionamiento.<sup>31</sup>

Esa compenetración de acción y conocimiento en que centra su filosofía de la acción y la vida, tanto como su concepción del pensamiento vivo, muestra hasta qué punto Rodó —descendiente

que vivimos transformándonos, y no podemos impedirlo, es un deber vigilar nuestra propia transformación constante, dirigirla y orientarla". (Citado por Leopoldo Zea, *Apogeo y decadencia del positivismo en México*, México, 1944, p. 284.)

<sup>30</sup> *Ibidem*, p. 41.

<sup>31</sup> *Ibidem*, p. 42-3.

directo de Guyau, filósofo de la vida— estuvo imbuído del espíritu del pragmatismo ambiente en su época. No sería procedente llamarlo pragmatista, salvo en el sentido amplio o vago en que pensadores como Nietzsche o Bergson, tan distintos de los pragmatistas de escuela, son también llamados tales. Pero es obligado, en cualquier caso, reconocer su evidente inclusión —sin abandono del racionalismo— en la onda de los vitalismos y activismos característicos del tránsito de la pasada a la actual centuria.

En esa misma línea establece en la parábola *La despedida de Georgias*, su idea de la verdad radicada en la experiencia vital:

Yo os fui maestro de amor: yo he procurado daros el amor de la verdad; no la verdad que es infinita. Seguid buscándola y renovándola vosotros, como el pescador que tiende uno y otro día su red, sin mira de agotar al mar su tesoro. Mi filosofía ha sido madre para vuestra conciencia, madre para vuestra razón. Ella no cierra el círculo de vuestro pensamiento. La verdad que os haya dado con ella no os cuesta esfuerzo, comparación, elección: sometimiento libre y responsable del juicio, como os costará la que por vosotros mismos adquiráis, desde el punto en que comencéis realmente a vivir... Las ideas llegan a ser cárcel también como la letra. Ellas vuelan sobre las leyes y las fórmulas; pero hay algo que vuela aun más que las ideas, y es el espíritu de vida que sopla en dirección a la Verdad.<sup>32</sup>

El lenguaje —palabra, ley, fórmula, letra— es incapaz de asir la intimidad del pensamiento, que siempre lo trasciende; la razón —concepto, doctrina, idea— no lo capta a su vez sino a costa de una renovación continua, porque el pensamiento es en definitiva uno solo con la corriente de la vida. Sólo cuando se llega realmente a vivir se alcanza nueva verdad, y es por verdades nuevas cada día que se expresa la verdad infinita.

6. IDEALISMO ESTÉTICO, ÉTICO Y ESPECULATIVO. La señalada insistente invocación a la experiencia vital, da al idealismo de Rodó su constante carácter de moderación y equilibrio, conciliado como resulta, en todos los terrenos, con un realismo bien entendido.

Su idealismo se oponía expresamente al positivismo. En sus tres manifestaciones capitales —en lo estético, lo ético y lo especulativo: en el arte, la acción y el conocimiento— el positivismo

<sup>32</sup> *Ibidem*, p. 313.

había sido realismo. De superar ese realismo se trataba. Pero a través del enlace, en todos los casos, de lo ideal con lo real.

En primer lugar, en el orden estético, concibe el arte de su tiempo como una reacción idealista contra el realismo naturalista de las generaciones anteriores. Reacción idealista constituída, en esencia, por la búsqueda de la belleza en el ensueño, rescatado de una proscripción que no se pudo soportar. En sus escritos anteriores al 900, destaca, a menudo, con simpatía, los anhelos de "restauración ideal", la "infinita sed de un ideal", las "nostalgias ideales" que estremecen a las manifestaciones artísticas de fines del siglo; y de la obra de Rubén Darío declara que "es en el arte una de las formas personales de nuestro anárquico idealismo contemporáneo".<sup>33</sup>

Pero este renacimiento estético idealista no ha de ser a costa de la realidad bien entendida. Uno de los terrenos en que se había hecho sentir la oportunidad histórica del positivismo, era "el de la imaginación artística, a la cual libertó, después de la orgía de los románticos, de fantasmas y quimeras". Esa conquista debe defenderse. El arte debe tener un "contenido humano", guardando "solidaridad y relación con las palpitantes oportunidades de la vida y los altos intereses de la realidad". El progreso que marcó el realismo naturalista no puede desconocerse. "¿Necesitamos, los que tenemos la sed de una nueva fuente espiritual para nuestro corazón y nuestro pensamiento, desandar el camino andado, volver la espalda a aquellas fuentes que brotaron ayer de los senos de la Realidad? ... Viene el espíritu nuevo a fecundar, a ensanchar, no a destruir."<sup>34</sup>

En segundo lugar, ese sentido del idealismo, con punto de partida en la realidad, en la vida, para sublimarlas, reaparece enriquecido en el campo de la ética. Aquí también el idealismo se opone al realismo positivista, que se había llamado utilitarismo, como allí naturalismo. El positivismo, interpretado con un criterio estrecho —en especial como llegó a divulgarse en América— "llevaba a una exclusiva consideración de los intereses materiales; a un concepto rebajado y mísero del destino humano; al menosprecio o la falsa comprensión, de toda actividad desinteresada y libre; a la indiferencia por todo cuanto ultrapasara los límites de

<sup>33</sup> *El que vendrá*, pp. 14, 29, 40, 61, 62, 127. *Hombres de América*, p. 293.

<sup>34</sup> *El que vendrá*, pp. 149, 122-3.

la finalidad inmediata que se resume en los términos de lo 'práctico' y lo 'útil'..." La crítica del utilitarismo, como positivismo práctico, es uno de los asuntos centrales del *Ariel*, donde se particulariza en el enjuiciamiento de los Estados Unidos, "encarnación del verbo utilitario". La prédica moral de Próspero se orienta así a exaltar el ideal desinteresado, a revelar "la fe en el ideal", a "devolverle a la vida un sentido ideal".<sup>35</sup>

Pero aquí tampoco, como en el arte, el idealismo ha de importar el sacrificio de la realidad; antes bien, se la ha de tener constantemente en vista, no ya para transfigurarla por la imaginación, sino para mejorarla por la inserción activa de la idealidad en lo real. El positivismo había sido también oportuno "en el terreno de la práctica y la acción, a las que trajo un contacto más íntimo con la realidad". Ésa es conquista que también debe defenderse. Sin duda que "donde quiera que elijamos la potencia ideal, y aun cuando nos lleve en dirección de algo vano, equivocado o injusto, ella, con sólo su poder de disciplinarnos y ordenarnos, ya encierra en sí un principio de moralidad que la hace superior a la desorientación y el desconcierto". Pero es a encararse en la realidad que se dirige esencialmente. Es a la acción frecuentemente invocada, que Próspero refiere "el pensamiento idealizador". Por eso admira en Atenas —modelo imperecedero de la humanidad— el que haya sabido "engrandecer a la vez el sentido de lo ideal y de lo real".<sup>36</sup>

En tercer lugar, en fin, no sólo en los campos del arte y de la acción el idealismo de su tiempo renovaba al positivismo. También, dijo, "en la esfera de la especulación reivindicamos, contra los muros insalvables de la indagación positivista, la sublime terquedad del anhelo que excita a la criatura humana a encararse con lo fundamental del misterio que la envuelve". El idealismo se opone igualmente aquí, al realismo; a aquel realismo que en el campo del conocimiento se daba por satisfecho con la superficialidad aparente del mundo de los sentidos.

Ninguna firme educación de la inteligencia puede fundarse en el aislamiento candoroso o en la ignorancia voluntaria. Todo problema propuesto al pensamiento humano por la Duda; toda sincera

<sup>35</sup> *El mirador de Próspero*, p. 42. *Ariel*, pp. 16, 17, 18, 22, 28, 29, 32.

<sup>36</sup> *Motivos de Proteo*, p. 285. *Ariel*, pp. 31 y 108.

reconvención que sobre Dios o la Naturaleza se fulmine, del seno del desaliento y el dolor, tienen derecho a que les dejemos llegar a nuestra conciencia y a que los afrontemos. Nuestra fuerza de corazón ha de probarse aceptando el reto de la Esfinge, y no esquivando su interrogación formidable.<sup>37</sup>

Pero no se trata tampoco aquí de sacrificar la realidad para afirmar por discursos más o menos lógicos, como en la metafísica clásica, la existencia de un orden ideal suprasensible, fundamento último de la experiencia: el positivismo había sido evidentemente oportuno "en el terreno de la pura filosofía, donde vino a abatir idealismos agotados y estériles". También es ésta conquista que debe defenderse. Que no se confunda con esos viejos idealismos y espiritualismos metafísicos, el idealismo de Rodó. Si la especulación metafísica está justificada, como abandono del estrecho realismo sensorial, que sea sosteniéndose en la realidad, más amplia y auténtica, de una experiencia identificada con la vida.

El basamento empirista y vitalista —realista a su modo— de este idealismo especulativo, se hace patente en el tipo de fundamentación que Rodó ofrece de los ideales. Los ideales —en su concepción, los valores— no tienen un fundamento *a priori*, ni racional ni teológico. Surgen de la experiencia, creados por la Vida en el seno de la Naturaleza bajo el signo de la Evolución.

Representación simbólica de la parte noble y alada del espíritu, Ariel actúa en nosotros en nombre de "aquellas nociones superiores que mantienen fija la mirada en una esfera ideal: bien, verdad, justicia, belleza". Pero Ariel no es otra cosa que "el término ideal a que asciende la selección humana, rectificando en el hombre superior los tenaces vestigios de Calibán, símbolo de sensualidad y de torpeza, con el cincel perseverante de la vida... Ariel es, para la Naturaleza, el excelso coronamiento de su obra, que hace terminarse el proceso de ascensión de las formas organizadas con la llamada del espíritu".<sup>38</sup>

Por más que Platón haya ejercido en Rodó una profunda sujeción ética y estética, ningún rastro de platonismo metafísico, como teoría de un cerrado ordenamiento racional anterior a toda experiencia, se registra en el pensador montevideano. Es el naturalismo evolucionista ambiente en la filosofía de su época lo que sirve de fondo ontológico a su concepción de los valores; un na-

<sup>37</sup> *Ariel*, p. 24.

turalismo evolucionista remozado por la naciente filosofía de la vida que procedía de él.

Naturaleza, Evolución, Vida —escritas a menudo con mayúscula— son nociones que recorren el *Ariel*, como por otra parte el resto de su obra, jalonando una concepción inmanente, al mismo tiempo que abierta, progresiva y optimista del ser. En nombre de "la causa del espíritu", que "corona la obra de la naturaleza"; sin confiar más que "en la eterna virtualidad de la Vida", convoca a la juventud para un "aceleramiento continuo y dichoso de la evolución", porque "lo que a la humanidad importa salvar contra toda negación pesimista, es, no tanto la idea de la relativa bondad de lo presente, sino la de la posibilidad de llegar a un término mejor por el desenvolvimiento de la vida, apresurado y orientado mediante el esfuerzo de los hombres".<sup>39</sup>

Portadora del espíritu, la humanidad culmina "el proceso de ascensión de las formas organizadas". Viene de la oscura raíz animal. Inspirando "los débiles esfuerzos de racionalidad del hombre prehistórico" —no como reminiscencia de una perdida patria celeste— comenzó la gesta de Ariel. Él es, desde entonces, "el héroe epónimo en la epopeya de la especie, el inmortal protagonista", acudiendo ágil, "como al mandato de Próspero, a la llamada de cuantos le aman e invocan en la realidad." ¿De dónde su imperio? "Su fuerza incontestable tiene por impulso todo el movimiento ascendente de la vida."<sup>40</sup>

El ideal —y por tanto el valor— no reconoce otra fuente que la vida misma en su acción incesantemente creadora. Amado e invocado desde la realidad, interviene para modificarla, remontándola a un término mejor. Tal el fundamento último de su filosofía de la acción, de sus ideas sobre las relaciones entre el pensamiento y la vida, y, en definitiva, de su doctrina proteica de la personalidad. Doctrina que tenía por centro la vocación, porque la vocación, orientada hacia un "ideal concreto", marca en la profundidad viviente de la conciencia —en la *realidad*— "el polo de idealidad" que imanta al alma individual.<sup>41</sup>

## 7. EL PROBLEMA RELIGIOSO. De origen familiar católico, aban-

<sup>38</sup> *Ariel*, pp. 14 y 110.

<sup>39</sup> *Ariel*, pp. 110, 23, 107, 25.

<sup>40</sup> *Ariel*, pp. 110-1.

<sup>41</sup> *Motivos de Proteo*, pp. 29, 41.

abierta, progresiva y optimista del ser que sirve de fundamento a su axiología de cuño naturalista.<sup>46</sup>

La posición de Rodó respecto al problema religioso, traducía aquella división radical de su espíritu de que habló explícitamente en *Los últimos motivos de Proteo*, describiendo las dos personalidades que convivían en su alma: la del yo más profundo y personal —ansioso, angustiado— con su morada en el sentimiento, y la de Glauco, pagano huésped —sereno, armonioso— con su morada en la razón. De esa fundamental dualidad de su conciencia filosófica fue reflejo estético e ideológico la simultánea devoción, aprendida en Renan, por el paganismo helénico y el cristianismo primitivo, que preside la totalidad de su mensaje.